

— Pero ¡qué bien me ha defendido usted, Ceferina! — exclamó Jaime estrechando con efusión las manos de la joven. — Madre, ¿te has fijado en la manera como ha logrado convencer á Bernardo? Al oirla se ha quedado sin resuello, ni más ni menos que si el mismo señor cura le hubiese dirigido la palabra.

— Tu ves, hijo mío, es una muchacha honrada — contestó con gravedad la madre de Siblot, — y las palabras de la honradez siempre se escuchan. Ha conseguido que te quedes entre nosotras, y, logrando que no salieses ayer noche, evitó que corrieses grandes peligros. Tú le salvaste la vida, pero el favor que te ha hecho es mucho mayor, pues no se trataba sólo de ti, hijo mío, sino de mí también, que no hubiera sobrevido á tu desgracia.

— Vamos, vamos, — replicó Ceferina, — lo que he hecho no es gran cosa, y ahora que Jaime no corre ningún riesgo no debemos dormirnos con la alegría. Trabajemos.

Y, momentos después, la rueda del molino empezó á girar impulsada por la corriente del Verpière.

X

Llegó el mes de mayo, y bajo el cielo azul los manzanos del huerto se cubrieron de rosadas flores. La vieja Balora, que no había tardado en encontrar á Ceferina en el molino, empujó la valla y entró, pues todos los sábados, según costumbre, iba á buscar las provisiones que la joven le guardaba durante la semana. El perro de Bernardo se lanzó hacia ella con el pelo erizado y ladrando furiosamente, pero luego se calmó y corrió al lado de Ceferina que tendía la ropa de la colada.

— ¡Qué es eso! ¿Quieres comerte á la pobre Balora? — dijo al perro que se había tendido en la hierba.

— No, hija mía, no; me conoce bien, pero le gusta jugar á su manera. Demasiado sabe que se rompería los colmillos con los huesos de mis viejas piernas que ya son duros... Conste que no lo digo por adulación, pero está más gordo que cuando corría con su amo noche y día por los bosques... El mes próximo, el pobre

Bernardo comparece ante el jurado, y el brigadier asegura que le condenarán á diez años...

— No diga una palabra de todo eso á Jaime, tendría un disgusto.



— Pues lo mismo hubiera podido ocurrirle á él si usted no le hubiese hecho cambiar de género de vida. ¡ Le debe un cirio, y grande! Y su madre también, porque ¿ qué hubiera sido de la pobre anciana si se hubiesen llevado á su hijo á Melún con su amigo? Y, para decir verdad, cuando usted vino

al molino, ya tenía dos pies en el sendero. ¿ No es así? Mientras que ahora, ¡ oh! ahora no hay hombre más ordenado en toda la comarca. Trabaja y no bebe, y no debe ser poco el dinero que guarde en el cajón. La gente dice que va á comprar dos muelas más...

— Eso es cierto — replicó Ceferina sonriendo con satisfacción. — Los negocios marchan viento en

popa, y no tenemos mucho tiempo para descansar.

— No pueden decir lo mismo en el *Sol de Oro*. — agregó la mendiga. — El otro parador se ha llevado á todos los parroquianos. Desde que usted se fué, la casa se ha quedado muy triste, pero eso importa poco á Thirirot que es rico, y su yerno lo es tanto como él. Gloria podrá comprarse trajes de seda.

Ceferina no replicó, pero repentinamente se puso seria, y sus manos, al tender las camisas en la cuerda y sujetarlas con alfileres de madera, temblaron visiblemente. La vieja Balora, por más que el único que podía oirla era el perro, bajó la voz para añadir:

— Según se dice, al casar á su hija le da sesenta mil francos y se reserva más del doble para él. ¡ Las copas que representa tanto dinero, y á poca gente habrá envenenado para llegar á tenerlo!

Ceferina, que había vaciado el canasto y tendido toda la ropa, miró á la vieja mendiga, y le preguntó:

— Y ¿ cuándo se casan?

— Hoy, hija mía. ¿ No has oído que desde el alba lanzaban las campanas al vuelo? Cuando yo venía salían de la alcaldía y ahora deben estar en la iglesia... En el encerrado del parador hay una comida preparada bajo un entoldado dispuesto por el contratista del baile público. Se sentarán á la mesa á las dos... y Thirirot ha colocado en su patio tres barricas de vino... ¡ Ya se las beberán! Para tener apetito, los invitados, formando cortejo, darán la vuelta á la ciudad... ¡ Es una fiesta completa!

La vieja se detuvo para mirar á la joven, guiñar los ojos, y preguntarle después :

— Supongo que todo lo que le cuento no la aflige... y si pudiese figurarme semejante cosa no me lo perdonaría en toda la vida... Pero usted es demasiado orgullosa para llorar por Doublet y demasiado buena para sentir codicia... Ahora que está en el molino, quédese, que el molinero vale más que Pedro y yo soy quien se lo dice.

— Pero ¿ qué piensa usted, Balora? — contestó Ceferina enrojándose. — Yo soy una criada, y aquí no me ocupo más que de mi trabajo.

— Sí, hija mía, usted es muy buena, y eso lo sabe todo el mundo. Ahora criada, pero más tarde será dueña, y eso será un acto de justicia.

— Cállese buena mujer, usted chochea.

— Eso mismo me contestó cuando le dije que no se fiase de Doublet y pudo convencerse de que á pesar de mis noventa años veo claro todavía... Yo no quiero contrariarla ni disgustarla, criatura de Dios, sin la que hace tiempo me hubiese muerto de hambre, pero lo que tenga que ser, será.

— Venga por sus provisiones, que pierdo tiempo charlando y no es esa mi costumbre.

Entró en el molino, y momentos después la mendiga se alejaba doblándose bajo el peso del saco en el que llevaba provisiones para toda la semana. Ceferina no se quedó en la cocina; Jaime había ido á San Martín, la anciana preparaba el almuerzo, y la joven se puso á me-

ditar sentada al pie del mismo manzano donde había sostenido una conversación con Gloria. Desde entonces todo había cambiado mucho y jamas había podido soñar existencia más tranquila que la suya. Cuando sus recuerdos la llevaban el parador entre el acre olor de los vinos y del alcohol, el humo del tabaco y las groseras bromas de los parroquianos de Thiriot, le extrañaba haber podido vivir en aquel medio, y el corazón le daba un vuelco dentro del pecho.

¡ Cuánta diferencia con sus ocupaciones casi de familia, al lado de la madre de Siblot y en la laboriosa paz del molino! Su trabajo era pesado y más propio sin duda de un hombre que de una mujer, pero Ceferina era fuerte y con sus nervudos brazos llenaba los sacos de harina, vaciaba los de trigo, limpiaba el salvado, y, cubierta por el polvillo blanco, escuchaba el ruido sonoro y regular de las muelas que trituraban la flor de las siegas destinada á alimentar á la humanidad. Su lasitud se le antojaba fecunda y con satisfacción pensaba en el feliz resultado de su labor, puesto que el pan de los obreros salía del molino donde ella trabajaba desde por la mañana hasta por la noche.

Cuando bajaba á la cueva del *Sot de Oro* para subir botellas de vino blanco, de aguardiente y de ajeno, llevaba á los parroquianos ya atontados por el calor de la sala, la enfermedad, la imbecilidad y la muerte. El dinero que se amontonaba en los cajones de Thiriot era producto del vicio y del libertinaje, pues las mujeres y

los hijos de los bebedores esperaban en sus casas que el hombre volviese con el jornal. Y mientras las rondas sucedían á las rondas y los tragos á los tragos, en la triste morada se lloraba de impaciencia y tal vez de hambre.

Y al respirar el aire puro y perfumado de la colina suspiró con satisfacción. Sus ojos se fijaron en la corriente del Verpière que á sus pies murmuraba entre los verdes juncos, y con furtiva sonrisa se dijo que había sido á orillas de aquel riachuelo, donde ella había ido á morir miserablemente, que había encontrado la alegría de vivir bien. El agua se deslizaba rápidamente, fría y rizada, y los pájaros que se escondían entre las cañas lanzaban al aire sus pñadas. En la colina de Campardón los bosques se erguían verdosos, profundos y sordos; la deliciosa tranquilidad se extendía hasta el prado, y el perro, cerrando los ojos y tendido en la hierba, acababa de dormirse junto á Ceferina.

¿Cuánto tiempo duró la abstracción de la joven, á la que había cedido sin resistencia? Las campanas sonaban á lo lejos, confusos ruidos de música se oyeron por el lado de la ciudad, y ensordecedoras detonaciones rompieron el augusto silencio. Ceferina, sumida en su vago ensueño, no recordaba que las campanas tocaban, los violines cantaban y las escopetas se disparaban en honor de la boda de su antiguo novio y de su hermana de leche. Gloria y Doublet, como si hubiesen desaparecido de su memoria, no acudieron á su imaginación. La ciu-

dad, el parador, la alcaldía, la iglesia, los celos, las rivalidades y nada que pudiese ser causa de tristeza existía ya. El mundo entero se desvanecía tras el molino, tras la florida valla del encercado, y entre los vivos, los únicos que contaban para ella eran Jaime y su madre, los que la habían recogido estando desesperada, los amigos sinceros y leales compañeros del diario trabajo.

Arrullada por la canción de las aguas, Ceferina no advirtió que el molinero cruzaba el prado y se dirigía hacia ella. Había vuelto de su expedición, desenganchado la yegua gris y la buscaba, pues no quería reanudar el trabajo hasta después del almuerzo. La alfombra de hierba ahogaba el ruido de sus pasos y Ceferina no advirtió la presencia al molinero hasta que el perro, guardián fiel, alzó la cabeza, abrió los ojos, y saltó alegremente por la hierba. Ceferina, medio adormecida aún, se volvió hacia Jaime que la estaba mirando.

— ¡ Oh! Me he entretenido demasiado, — dijo haciendo un gesto que ponía de manifiesto su turbación...

Y quiso levantarse, pero Jaime, apoyando suavemente la mano en su hombro, la obligó á que siguiese sentada á la sombra del manzano á cuyos pies se extendía una alfombra de violetas.

— No se mueva, Ceferina, no se mueva, que no es hora de trabajar; el molino descansa y mi madre prepara el almuerzo. Aquí se está muy bien, y comprendo que se haya quedado... ¿ En qué pensaba cuando he llegado?

La joven fijó su cándida mirada en el molinero, y viéndole joven, fuerte, moreno, bien afeitado, con su bigote espeso, la blusa nueva y el ancho sombrero de fieltro, sonrió sin contestar. Siblot se entristeció, sintió repentina inquietud, y dijo :

— ¿ Estaba escuchando los ruidos de la ciudad que llegan hasta aquí?

— A fe mía, no. Escuchaba el murmullo del Verpière, la canción del viento á través de las ramas, y el zumbido de las moscas en los árboles floridos. La pobre Balora me ha dicho algo con respecto á una fiesta que hoy se celebra en Aygueville... pero no recuerdo qué, tan poco me interesa..

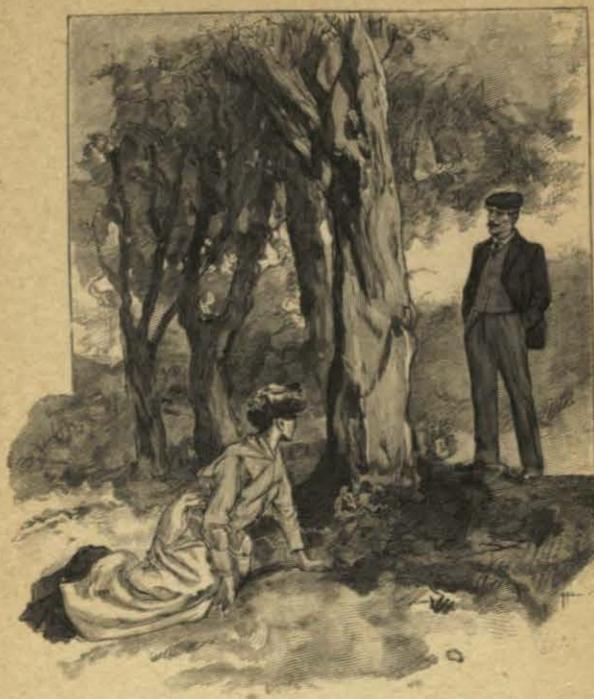
La calma y la indiferencia de la joven asombraron al molinero.

— Tal vez — dijo — Balora ha descuidado decirle que toda esa bulla se arma en honor de una boda...

— No, me lo ha dicho, pues le gusta llevar y traer, y aun cuando es muy buena, hubiera tenido que hacer un gran esfuerzo para no anunciarme que esta mañana, Pedro Doublet y Gloria Thiriot se casaban con gran pompa...

— Ceferina, al tener noticia de su noviazgo, usted se quiso suicidar...

— Sí, es muy cierto — replicó sencillamente, — pero mire usted cómo cambian los sentimientos : hoy me parece que no he querido nunca á Pedro Doublet y que no soy yo la que en un arrebato de desesperación, vine á



Ceferina, medio adormecida,
se volvió hacia Jaime que la estaba mirando (pág. 299).

tirarme al Verpière. Sólo al oír que el herrero hablaba de amor á Gloria, me volví loca, y hoy les vería pasar desde aquí por el camino, á uno en brazos de otro, sonrientes, seguidos por su cortejo, y no por esto mi corazón apresuraría sus latidos.

El molinero se puso á reír.

— ¿ Esto es pues cuanto se puede esperar de la constancia de la mujer?

Ceferina movió la cabeza.

— Confiese que hubiera sido bien tonta si mi desesperación no hubiese cesado al verme abandonada tan deliberadamente. ¿ Se debe mi tranquilidad á la conversación que tuve con Gloria? ¿ Se debe á la nueva vida que observo al lado de su madre? ¿ Me habrán cambiado las dos cosas reunidas? No lo sé, pero si le diré que me avergüenzo de haber llorado por un hombre que no lo merecía.

— Yo creo, Ceferina, que casi siempre, cuando llega el momento y la ocasión, se lamentan los actos realizados cuando la desesperación ó la cólera nos domina. El tiempo es un factor importantísimo para las enfermedades del alma, y yo puedo darme cuenta juzgando por mí mismo, pues ya no pienso como pensaba hace dos meses, y lo mismo que usted, me asombro por haberme conducido como lo hacía, tan detestable me parece mi pasada conducta.

— Además, después de pensarlo con detenimiento, no creo que Doublet sea tan culpable para conmigo. Mi

ambición fué castigada, y al pensar en casarme con el herrero pretendía salir de mi esfera. ¿Quién era yo para aspirar á convertirme en la esposa de uno de los principales artesanos de la ciudad? Una pobre criada de taberna que daba vueltas y no paraba un momento para obedecer las órdenes de los parroquianos, y eso desde que amanecía Dios hasta por la noche. ¡ Buen partido era Ceferina, con sus zuecos y el traje de percal, para el rico Doublet que tiene tres obreros y vende todos los útiles de labranza que se emplean en la comarca ! Tantas pretensiones merecían una lección dura. La he recibido, y estoy resuelta á aprovecharme de ella.

— ¿Cómo? — preguntó Jaime, cuya voz tembló ligeramente.

— Pues desconfiando de mi imaginación y no pensando más que en mi trabajo. Así estaré segura de mí misma y no me volveré á engañar.

El molinero permaneció silencioso un instante, y señalando luego á la joven el manzano que cual ramillete florido se alzaba sobre su cabeza, la dijo :

— El año último, y en una sola noche, la escarcha acabó con todas las flores de estos árboles. Por la mañana estaban negros y tristes, la esperanza de la cosecha yacía en la hierba que se extendía á sus pies, y la desolación fué grande. Sin embargo, este año han florecido de nuevo y con más abundancia, tal vez para compensar la antigua pérdida. Nuestro corazón ¿ no es igual á esos árboles y la sangre no vuelve á él del mismo modo que

la savia sube por las ramas? ¿Tendrá que cerrarse y marchitarse para siempre por haber experimentado una desilusión? La vida reserva dulzuras á los seres vivos del mismo modo que las estaciones devuelven la flor á las ramas. Cuando se tiene veinte años, no se debe decir nunca : « No amaré más. » Puede cambiarse de cara y de edad, pero no tener la seguridad de que no se inspirará otra pasión. La belleza y la bondad de una mujer, despreciada por un ignorante ó por un ambicioso, no desaparecen al pasar inadvertida. Otro viene, la ve, la admira, y siente pasión sincera. Y muchas veces ese es un pobre infeliz á quien se tienen que perdonar muchas cosas y á quien se ha infundido el valor necesario para ser bueno. ¿ Se le debe hacer responsable de las faltas de otros y rechazarle cuando se acerca con los ojos abiertos y la mano tendida? Ceferina, no se debe decir no querré á nadie más, cuando con una palabra de esperanza se puede hacer la felicidad del que adora...

Ni uno ni otro se atrevían á mirarse, y la voz del molinero era tan débil, tanto, que apenas se le oía. Se había sentado junto á Ceferina, y las flores del manzano caían á su alrededor como perfumada lluvia de rosadas y cuajadas gotas. Largo tiempo permanecieron inmóviles y mudos, abstraídos los dos en sus pensamientos, y luego, el ruido de un violín que lanzaba al viento alegre marcha y rumores de fiesta, llegó hasta ellos. Resonaron gritos que aclamaban al cortejo tras la cortina que formaban los árboles... pero el ruido se alejó pronto con

dirección á la ciudad, y la paz fecunda y grave de los campos dejó de ser turbada por la fiesta.

— He ahí el pasado que se aleja — dijo lentamente Ceferina fijando sus ojos en Jaime.

— ¿No querría usted que desde este instante empezase nuestro porvenir? Mucho nos debemos uno á otro, pero creo que somos lo bastante ricos de corazón para pagarnos mutuamente la deuda con felicidad.

Y le tendió la mano. Ya no era el Jaime de las excursiones nocturnas, peligrosas y criminales, ni de los largos días de ociosidad y embriaguez. Era un muchacho ordenado, franco, sobrio y laborioso. Y la joven se daba cuenta exacta de que aquel cambio radical lo había logrado con su soberana influencia, y sintió que amable ternura hacía palpitar su corazón, que sus ojos se llenaban de lágrimas, y estrechando la mano que el molinero le tendía, murmuró :

— Vamos, Jaime, vamos á abrazar á su madre...

Y lentamente, cogidos del brazo, mientras Doublet entraba triunfalmente con Gloria en casa de Thiriot, envuelto en una nube de polvo y acompañado por repetidas detonaciones, Jaime y Ceferina, cruzando el prado de apacible frescura, se dirigieron hacia el molino.

FIN

IMPRESSO

PAR

PHILIPPE RENOARD

19, rue des Saints-Pères

PARIS

